

EL MUNDO RABIDEÑO

JOSÉ MARÍA LORA*

Varios y muy buenos amigos me han pedido reiteradamente escribir unas líneas sobre La Rábida. Lo primero que tengo que decir es que me he resistido bastante: a la pereza natural que da remover en los recuerdos, se añade que —al menos para mí— el periodo rabideño pertenece en gran medida a una intimidad que, sin ser ningún secreto, da siempre pudor contar en público.

Conocí a don Vicente cuando acababa de terminar el primer curso de Derecho en la Universidad de Sevilla, a principios de los años 60; le recuerdo perfectamente recibiéndonos en aquella tarde a finales de julio. Y aún veo sus ojos vivísimos y penetrantes, su porte sereno y al mismo tiempo sencillo y solemne, llamándome por mi nombre y preocupándose de la habitación que había de ocupar. Mi impresión fue tremenda. Por entonces, las relaciones entre catedráticos y alumnos podrían calificarse de «jansenistas» y no facilitaban una relación personal. Es fácil comprender el impacto que me causó ese trato tan distinto por parte de un catedrático «de Madrid».

La jornada empezaba por el desayuno y seguía con clases, deporte, etc. Como yo tenía costumbre de ir a misa, pregunté si había alguna, y me indicaron que en el Monasterio se celebraba una a las nueve (por increíble que parezca, no tenía idea del ambiente del curso). Cuando llegué al Monasterio mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que la iglesia estaba llena y que casi todos los residentes también asistían. La verdad es que me emocionó el profundo respeto que ello suponía a la libertad personal.

Las dos anécdotas definen el ambiente rabideño. Y todo ello gracias a don Vicente, hay que decirlo, y al mundo que él había creado a su alrededor en otros ámbitos (colegios mayores, convivencias, etc.). Evidentemente,

* XXI Curso de la Universidad de La Rábida (1963). Abogado del Estado. Registrador de la Propiedad.

La Rábida nada tenía que ver con el Opus Dei, institución a la que don Vicente pertenecía, pero el Rector le imprimía su sello personal inconfundible, mezcla —creo yo— del espíritu de la Obra y de su personalidad arrolladora.

Es difícil hacer una síntesis de los cursos de verano de La Rábida, habida cuenta de la multitud de facetas y aspectos que englobaban. Ante todo, fueron lugar de una convivencia universitaria tremendamente enriquecedora que despertó la inquietud de los jóvenes asistentes. Inquietud, en el buen sentido de la palabra, de todo tipo: inquietud de saberes (no conformarse con los aprobados en junio de las asignaturas), inquietud social (afán de mejorar las condiciones de vida de las personas, especialmente del mundo obrero), inquietud política (no se pueden olvidar las especialísimas circunstancias que ya se vivían en aquellos años y la incertidumbre por el futuro político) y, por qué no, inquietud religiosa (en la dimensión trascendente del hombre, en su relación con Dios). Pero todo ello, y en especial esto último, dentro de la más absoluta libertad.

Y además, o mejor dicho, como coloreándolo todo, se pasaba muy bien. Hasta tal punto que, a mi juicio, la alegría y el buen humor eran uno de los distintivos de La Rábida.

Un genuino ambiente

En definitiva, don Vicente supo crear un ambiente universitario genuino, cuyas líneas maestras —libertad, formación, alegría— glosaré a continuación. Creo que estas características conforman esencialmente el llamado «espíritu rabideño», que superadas las circunstancias históricas en que se forjó, es nada más —y nada menos— lo que debe permanecer.

Libertad. Empezando porque había estudiantes de diversos países, especialmente iberoamericanos, pero también europeos, de las más variadas condiciones, culturas y regímenes políticos, lo cual en aquel entonces, y al menos para mí en Sevilla, no era nada común. Pero es que además, conocida la distinción entre libertades formales y libertades reales, existía en aquellos cursos de verano un auténtico espíritu liberal que hoy configura los foros de debate. Ciertamente se dieron aspectos formales contradictorios de esta libertad, pero, como es lógico, La Rábida no podía escapar al contexto de aquella España. Y desde luego, no sólo en términos relativos —en los que no admite comparación el aire que allí se respiraba con el de otras instituciones oficiales de la época— sino en términos absolutos, el estudiante se formaba en un clima de libertad y responsabilidad.

Formación. Es otra característica importantísima de La Rábida. Desde por la mañana, con las clases de Historia de España y América —que daba don Vicente generalmente debajo de los pinos o en algún lugar exterior de la Universidad con sombra y al aire libre— hasta los distintos seminarios que se impartían por la tarde —por catedráticos venidos de fuera al efecto— y que versaban sobre los más variados temas, en ciencias, letras, derecho, periodísticos e incluso temas de rabiosa actualidad. Pero con ser esto importante, lo era mucho más la convivencia ordinaria con los profesores, en las comidas, en los paseos por los alrededores, en las excursiones, en el deporte, y, sobre todo, en las interminables tertulias que espontáneamente se formaban por grupos más o menos grandes en la residencia. Fue un periodo de formación intensa, con gran aprovechamiento del tiempo, si se quiere no utilitarista (en el sentido que se puede aplicar directamente a una carrera o unas oposiciones) pero sí educativo.

Y finalmente, *diversión, alegría.* Yo muchas veces me he acordado de La Rábida al considerar la distinción —hoy tan borrosa— entre tiempo libre y ocio. En aquellos cursos no se paraba ni un momento, estábamos continuamente ocupados; de modo que no eran unas meras vacaciones, más o menos convencionales, sino un tiempo de descanso, de ocio en su pleno sentido, pero excluyendo el aburrimiento, algo que yo nunca conocí en La Rábida.

Sólo he tratado de esbozar el mundo rabideño, porque La Rábida no se puede aprehender con palabras que reflejan parcial y pálidamente la realidad, una realidad que ante todo era vida. En definitiva, tengo una absoluta convicción de que La Rábida fue para su época una obra muy singular, destacadísima, y con muchos valores permanentes. Y gracias todo ello a un hombre excepcional, don Vicente, al que desde aquí le rindo modestamente el homenaje de gratitud que en justicia se merece, y al que —por qué no decirlo— Dios le habrá premiado con largueza esa obra bien hecha.